

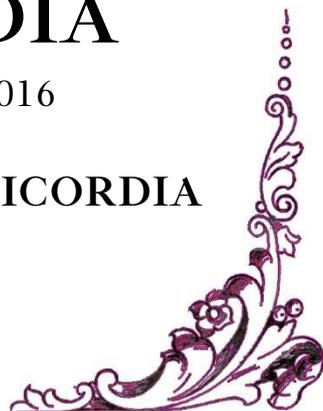


**EXALTACIÓN
DE LA**

MISERICORDIA

CÓRDOBA, 4 DE MARZO DE 2016

AÑO JUBILAR DE LA MISERICORDIA





EXALTACIÓN
DE LA
MISERICORDIA,

PRONUNCIADA EL 4 DE MARZO DE 2016 EN LA

BASÍLICA DE SAN PEDRO,

DE LA CIUDAD DE CÓRDOBA, POR

UN HERMANO

DE LA PIADOSA HERMANDAD DEL SANTÍSIMO
SACRAMENTO Y SANTOS MÁRTIRES DE CÓRDOBA Y
COFRADÍA DE NAZARENOS DEL SANTÍSIMO CRISTO DE LA

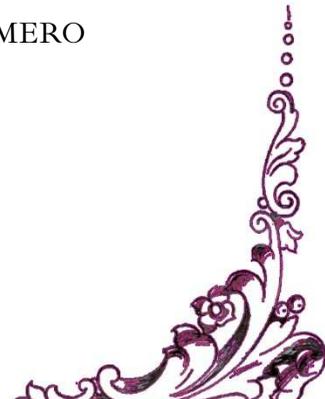
MISERICORDIA

Y NUESTRA SEÑORA DE LAS LÁGRIMAS EN SU
DESAMPARO

CON MOTIVO DEL

AÑO JUBILAR DE LA MISERICORDIA

PROCLAMADO POR LA SANTIDAD
DEL PAPA FRANCISCO, PRIMERO
DE ESTE NOMBRE





DOMINE, LABIA MEA APERIES
ET OS MEVM NVNTIABIT LAVDEM TVAM
*Señor, abrirás mis labios
y mi boca publicará tu alabanza (Ps. 50, 16).*

Querido hermano:

Bien quisiera empezar estas palabras de otra forma. Bien quisiera tenerte aquí delante, en la primera fila, con tu vara dorada al alcance de la mano, dispuesto a escuchar las pobres frases que voy a desgranar.

Bien quisiera, al terminar mi intervención, reunirme contigo como tantas veces, para hablar de nuestra hermandad y tomar una cerveza llena de convivencia.

Bien quisiera que no te hubieras ido... Pero Él te llamó, de forma inesperada para nosotros, pobres y limitados seres humanos, aunque de forma perfectamente definida y preparada en su inescrutable Providencia.

Bien quisiera, José Carlos, no haber tenido que empezar con esta dedicatoria, pero como Quien manda, manda –y en esta ocasión ha habido que escribir con mayúscula ese «Quien»–, hermano José Carlos, digo antes de empezar, mirando al Cielo: «¡Va por ti, hermano!»

Queridos hermanos, señoras y señores:

De bien nacidos es ser agradecidos, dice un viejo refrán. Y como tú sabes, querido Ángel, que nuestros benditos padres «*nos nacieron*» la mar de bien, no me queda más remedio que agradecerte las palabras que han precedido a las mías, que como es natural han sido dictadas más por tu amor de hermano que por ninguna consideración objetiva.

Quiero también daros las gracias a vosotros, mis hermanos de la Misericordia, y a esta Parroquia de San Pedro: a vosotros por aceptar la propuesta que os hice hace unos meses; a la segunda, por aceptar que este acto, que no es religioso, se celebre en la Basílica que, a fin de cuentas, es nuestra Casa dentro de la Casa Común que es la Iglesia. Y sin más preámbulos vayamos ya al tema que nos congrega.

Motivación

Por voluntad de nuestro Santo Padre, el Papa Francisco, celebra este año la Iglesia Católica, en la que hemos nacido por el Bautismo y a la que seguimos perteneciendo libremente, el Año Jubilar extraordinario de la Misericordia. Grande es, pues, la necesidad de que los hermanos que lo somos de la hermandad y cofradía que se honra en esta advocación reflexionemos sobre lo que tal título comporta y las obligaciones que nos exige, tanto como cristianos de a pie cuanto –sobre todo– en nuestra condición de cofrades.

No pretenden estas palabras ser un pregón, ni una conferencia, ni mucho menos un sermón. Quieren, tan sólo ser –así Dios me ayude a conseguirlo– una modesta ayuda en esta labor de interiorización de lo que somos, o mejor dicho de lo que aspiramos a ser, porque mientras estemos en este mundo nunca seremos nada en plenitud.

La Misericordia

¿Y qué es la Misericordia? No hace falta mirar muchos tratados de teología para saberlo, porque esta palabra forma parte de nuestro ADN como cristianos desde que tenemos uso de razón. El diccionario de la Real Academia nos muestra cinco acepciones, la primera de las cuales dice que es la *«virtud que inclina el ánimo a compadecerse de los sufrimientos y miserias ajenos»* y la cuarta la

define como «*atributo de Dios, en cuya virtud perdona los pecados y miserias de sus criaturas*».

En nuestras versiones de la Biblia, la palabra latina «*Misericordia*» traduce varios vocablos, tanto hebreos como griegos, cada uno de los cuales tiene un significado propio con diversos matices. Por decir sólo uno, indiquemos que el primero de los términos hebreos con que el Antiguo Testamento alude a la Misericordia es «*rehamîm*», una palabra que en plural designa propiamente las «*vísceras*» y en singular, específicamente, el seno materno, pero que en sentido metafórico señala el sentimiento íntimo, profundo y amoroso que liga a dos personas por lazos de sangre o de corazón: es decir, a la madre o al padre con su propio hijo o a un hermano con otro.

Ya más cerca de nosotros, en latín, la palabra tiene dos componentes fácilmente observables: por un lado vemos la raíz del adjetivo MISER, MISERA, MISERVM, que significa «*pobre, desgraciado*», y por otra la del sustantivo COR, CORDIS, que significa «*corazón*». Como veis, la suma de estos dos vocablos contiene el fondo de su significado: es el acercamiento del corazón o de las entrañas, de lo que más profundamente somos, a la pobreza, limitación o desgracia de los demás.

Pero no hacen falta tantas elucubraciones filológicas, porque la definición más simple y más clara de lo que es la Misericordia nos la dio el año pasado nuestro obispo, don Demetrio, cuando en la visita pastoral que giró a nuestra Casa de Hermandad lo dijo nada más sentarse: «*La Misericordia no es otra cosa que el Amor de Dios a los hombres y el modelo de cómo debemos proyectar nuestro amor a los demás*». Así de claro, así de simple, así de hondo.

La advocación

¿Por qué la imagen del Santísimo Cristo que nos preside lleva la advocación de la Misericordia? Hemos de reconocer que la res-

puesta tiene que quedar en la sombra del misterio. Sabemos, en efecto, que fue la elegida por nuestro fundador, Francisco Melguizo, cuando se dispuso a fundar una hermandad penitencial en 1937. Sabemos también, por la documentación conservada y por fuentes diversas, que la imagen tuvo en siglos pasados otros títulos, como la Salud, recogido en unas escrituras de 1669, o la Sangre, anotado por Ramírez de las Casas-Deza en su *Indicador cordobés*, e incluso –según fuentes orales– que hasta 1937 era sólo «*el Cristo del Sagrario de la Magdalena*». Nunca supimos qué llevó a nuestro primer hermano Mayor a elegir esa advocación para nuestro Crucificado, en un tiempo en el que –no lo olvidemos– en la Semana Santa de Córdoba no había más imágenes de Cristo en la Cruz que las de Gracia y la Expiración.

Melguizo habló siempre de que una visita a la iglesia de la Magdalena, antes de fundar la hermandad, le hizo conocer la imagen. Y queremos suponer que esa primera vez que lo vio, a la pálida luz de un cabo de vela, según él mismo relataba, algo debió de quedar impreso en lo más profundo de su ser para que un tiempo después, cuando se dispuso a fundar una cofradía, declinara la primera invitación que le hicieron de dedicar la corporación al Cristo del Descendimiento, en el Campo de la Verdad, y decantarse por esta imagen.

En cualquier caso, sabemos que nuestro Cristo fue utilizado por fieles de siglos pasados para impetrar la Misericordia de Dios, según puede deducirse fácilmente de lo que se publicó en los primeros días de nuestra hermandad penitencial: «*Fue en la mañana del 27 de febrero de 1650 cuando salió en procesión de la Magdalena el Santo Cristo acompañado de San Juan de Dios y San Pedro Tomás; iban en ella doble fila de penitentes y encapuchados con cirios encendidos, y los clérigos entonando el “Parce Domine, parce populo tuo”, “Señor, ten Misericordia de tu pueblo”*», dice una de aquellas

crónicas, que termina diciendo: «*Quiso su Majestad ir levantando el azote y se empezó a experimentar mejoría*».

En el verano de ese mismo año 1937, en Leganés, Francisco Melguizo escribió la primera versión de su plegaria «*Misericordia, Señor*», que pocos años después sería la base de la composición musical de Serrano Lucena que hoy usamos como emblema musical de la hermandad en nuestros cultos internos. Los diez versos de esta oración presentan ante el Cristo de la Misericordia a una persona sufriente y dolorida, que invoca a Dios para conseguir la liberación de sus sufrimientos. Saber que el texto fue escrito en Leganés en 1937, a pocos kilómetros sin duda de uno de los frentes más virulentos de la Guerra Civil española, ayuda incuestionablemente a comprender la actitud suplicante del devoto. También se debe situar en ese contexto el título del poema, «*Súplica*», que aparece en el manuscrito original pero no en las versiones posteriores. ¿Fue «*Misericordia, Señor*», en la primera intención de Francisco Melguizo, principalmente un poema surgido de la devoción personal del fundador de la hermandad ante el sufrimiento de que estaba siendo testigo, quizá sin intención siquiera de publicarlo, y sólo a posteriori la letra de una plegaria cantable para los cultos cuaresmales? Tampoco lo sabemos, pero nos deja una prueba irrefutable de la devoción del fundador a nuestro Santísimo Cristo.

La devoción

Acabamos de hablar de devoción. ¿Qué es la devoción, y más exactamente, la devoción a una imagen sagrada? Las imágenes sagradas son un estímulo para la fe, pero no olvidemos nunca que son un medio y no in fin en sí mismas, ya que en la imagen veneramos a quien ésta representa, no al propio objeto o a la representación en sí misma, del mismo modo que si conservamos con

cariño las fotos de personas que quisimos y que ya no están con nosotros, no lo hacemos –ni mucho menos– por el valor material o artístico que tengan esos trozos de papel, que pueden tenerlo, y mucho, sino porque nos traen a la memoria y al corazón a alguien que actualmente no podemos ver con los ojos del cuerpo.

Se ha debatido mucho, en los ámbitos cofrades, la relación entre devoción y cofradía. Sabido es que hay casos, que no hace falta mencionar, en que la devoción –en nuestro caso a imágenes pasionistas– existe y se mantiene vigorosa al margen de la cofradía que la tiene como titular o incluso sin cofradía constituida, del mismo modo que hay cofradías esplendorosas en sus manifestaciones externas pero cuyas imágenes son objeto de la devoción de muy pocas personas.

En nuestro caso, la devoción al Cristo de la Misericordia ha caminado siempre, desde 1937, de forma paralela y perfectamente simbiótica con la hermandad. Y de hecho hay un grupo de personas, que podemos ejemplificar en nuestra hermana número 1, nuestra querida Pilar Melguizo, aquí presente, que representan esta actitud.

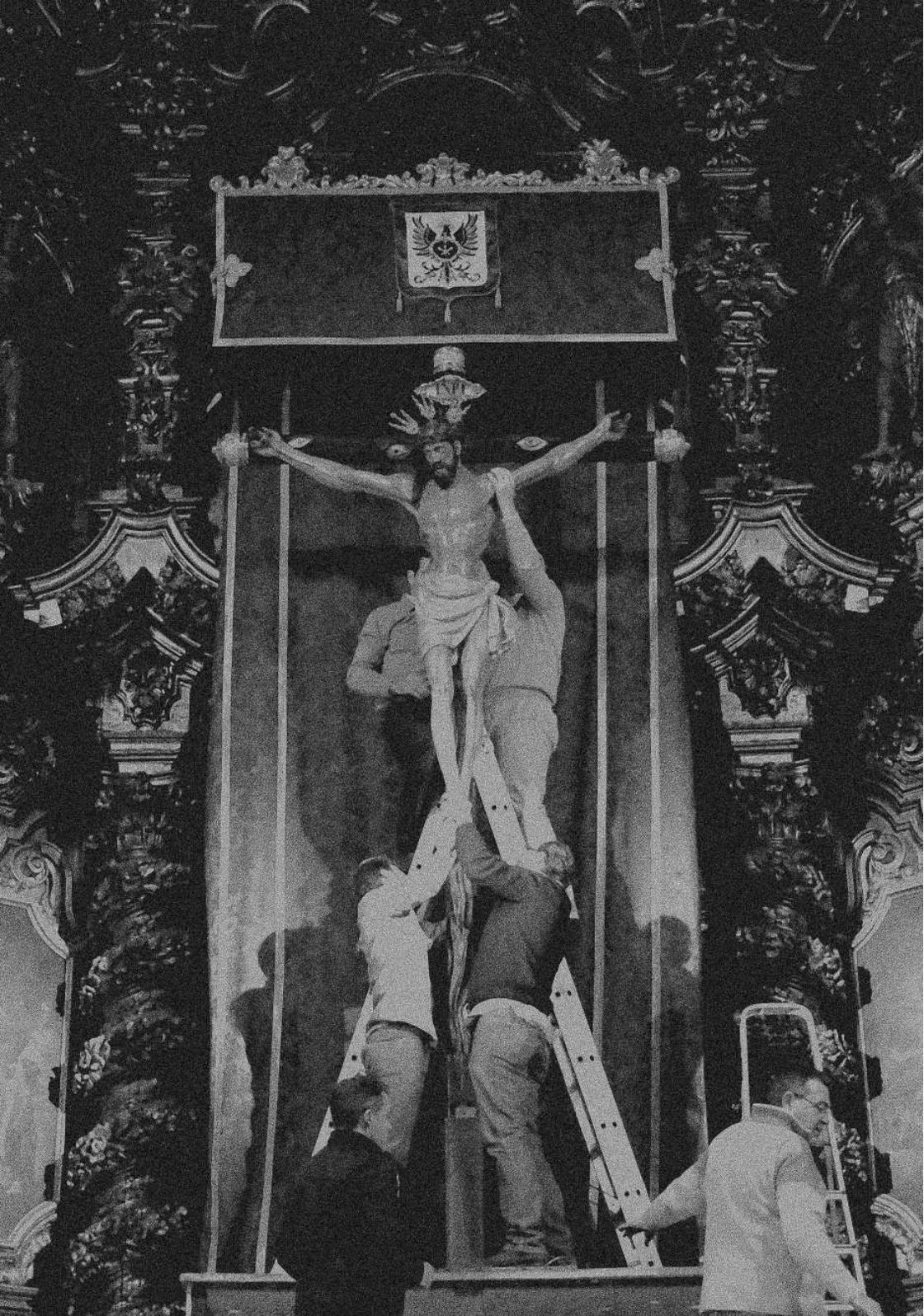
Queridos hermanos, no miremos a la cofradía como algo por encima o al margen de la devoción, porque ésta aporta a la primera la savia nutricia que la hace alimentarse. La devoción es como la raíz del árbol, la sustancia que lo mantiene vivo y le permite poblarse de ramas, de hojas y de pájaros. Sin savia podremos tener una hermosa hojarasca, pero la vida del árbol será efímera por inconsistente. No caigamos, pues, en el error de minusvalorar la importancia de esas personas que tienen en su devoción al Santísimo Cristo de la Misericordia o a Nuestra Señora de las Lágrimas en su Desamparo su principal, o a veces única, vinculación con nuestra hermandad. Y, al mismo tiempo, tratemos de imitarlas,

haciendo que la presencia de los titulares sea cotidiana en nuestra vida: que en cualquier momento del año, en cualquier situación de nuestra existencia, nos venga a la memoria, al corazón o a los labios esa invocación que es el sello espiritual, la marca de agua en el papel de nuestra biografía: «OSTENDE NOBIS, DOMINE, MISERICORDIAM TUAM!», «¡Muéstranos, Señor, tu Misericordia!», o más sencillamente, «¡Misericordia, Señor!».

La vocación

Pero la devoción personal, aun siendo importantísima, no lo es todo para el cofrade, porque la cofradía es una realidad social, comunitaria. Dijo un experimentado cofrade sevillano, en una conferencia pronunciada en Córdoba hace ya veintitrés años, que «*la hermandad es la familia que se elige*». Se puede alcanzar la condición de cofrade por distintos caminos: bien sea (debe ser la vía fundamental, al menos lo es para el que os habla) por nacimiento en una familia de cofrades, pero también por acercamiento a la hermandad al calor de la amistad, o la cercanía de una parroquia o barrio, o incluso por la mera curiosidad de vestir el hábito nazarreno o calzarse un costal y meterse debajo de una trabajadera. El caso es que aquí estamos, y que una de las principales obligaciones que tenemos es transmitir a quienes nos sucedan el testigo de nuestra devoción y de nuestra forma de hacer la cofradía.

He de reconocer, Señor, que una de las sensaciones que más me estremecen cuando estoy en las proximidades de tu sagrada imagen, ya sea en la cotidianidad de un día cualquiera del año como –sobre todo– en esa cercanía material que imponen el montaje del altar de cultos, la preparación del besapiés o la elevación al paso procesional, esa sensación, repito, que recorre mi ser por completo y me hace emocionarme en lo más hondo de mi persona procede de la certeza de que ante esa misma imagen, ante ese



mismo trozo de madera tallada y bendecida que es tu efigie, se han postrado antes que yo muchas generaciones de personas, hombres y mujeres de toda condición social, de muchas situaciones en la vida, pero que han tenido el común denominador de haber rezado en tu presencia, de haber sentido en tu cercanía la proximidad de un Dios misericordioso que sabe comprender, amar y perdonar.

Hermanos de la Misericordia, y me dirijo ahora a los más jóvenes: ante el Santísimo Cristo han rezado más de doce generaciones de devotos y cofrades, hermanos unas veces de la Sacramental de la Magdalena, otras simples feligreses de esa parroquia hoy extinguida o de la nuestra de San Pedro, y otras ya, más recientemente, hermanos de la Misericordia como nosotros. El caso es que muchos miles de personas, de la inmensa mayoría de las cuales jamás sabremos absolutamente nada, han sentido lo mismo que nosotros delante de la misma sagrada imagen y han pedido su intercesión ante situaciones muy parecidas a las nuestras. Ahora sois vosotros los que os disponéis a recoger el testigo en la que será la tercera generación tras la fundación de la hermandad penitencial. No tengo que recordar la responsabilidad que asumís, y por ello debéis mantener tanto la devoción a los titulares como el estilo personal y estético que han caracterizado a esta cofradía desde su fundación para transmitírselo, a vuestra vez, a quienes un día os releven a vosotros.

El recuerdo

Permíteme, Señor que ahora me llena a mí la boca y a vosotros los oídos con los nombres de algunos de quienes nos han precedido en el signo de la fe en la Misericordia y duermen el sueño de la paz. Sé que voy a olvidar a algunos, sin duda a muchos, pero los que voy a citar los representan a todos, y son nuestros modelos y

nuestros ejemplos. Porque nuestra Hermandad no sería lo que es sin personas como Francisco Melguizo, por supuesto, pero tampoco sin Bartolomé López, Rafael Díaz Peno, Enrique Hidalgo, Francisco Santiago, Ricardo y Rafael Osuna, Ángel Alejo, José Ávila, los Hernández, Francisco Palomino, Esperanza Melguizo, Paco Varo, Pepe Mansilla, Pepe Alcaide, Pepe Luque o Andrés Roig. Sé –repito– que faltan muchos, pero estoy seguro de que los corazones y las memorias de quienes me escuchan, que habrán conocido a todos o a parte de ellos, se habrán imaginado muchas veces las tertulias que, en el Palco de la Bienaventuranza, estarán manteniendo durante la eternidad para pedir a Dios ayuda para la que fue su hermandad, que tanta importancia tuvo en su cuando ellos cubrieron esta estación de penitencia que es la vida. Ellos fueron por delante de nosotros, ellos hicieron lo mismo que nosotros pretendemos hacer, y desde luego nos sirvieron de maestros tanto en la devoción al Santísimo Cristo como en su trabajo en la cofradía; y lo hicieron a pesar de los pesares en circunstancias más difíciles que las nuestras y con los medios, indudablemente más escasos, de los que podían disponer en el tiempo en que vivieron.

Dios nos perdona que nos sintamos orgullosos de nuestros predecesores, aunque algunos de ellos no supieran mucho de marchas apropiadas ni diseñaran a la perfección las líneas de la candelera: en cualquier caso pusieron los cimientos del sólido edificio que hoy pisamos y habitamos, y es justo que les demos las gracias, pues aunque los cimientos –al fin y al cabo, piedras fuertes nada más– no sean visibles, gracias a ellos está pie la construcción.

¿Cómo ser hoy cofrade de la Misericordia?

Pero estamos en el tiempo que nos ha tocado vivir. Y, Señor, nos ha tocado una época difícil, si es que no lo son todas para los que hayan querido ponerte a ti por encima de todo. Pero estamos

viviendo –y me parece que en realidad estamos tan sólo muy en los comienzos– unos años que van a servirnos de prueba, de prueba dura, ciertamente, y confiamos en que tu Misericordia infinita nos ayude a superar las dificultades.

¿Cómo se puede ser cofrade de la Misericordia en estos tiempos convulsos? En primer lugar, teniendo muy clara la jerarquía de valores de nuestra vida: lo primero que tenemos que cuidar es nuestra vida cristiana, nuestra familia y nuestro trabajo. Si dejamos de atender las obligaciones básicas vinculadas a alguna de estas obligaciones nuestras para, pretendidamente, trabajar por la hermandad, estamos muy equivocados. A modo de detalle os diré que más de una vez, en los últimos meses, he oído decir a nuestro Hermano Mayor, José Manuel Maqueda, dirigiéndose a los más jóvenes miembros de la Junta de Gobierno: *«Pero lo primero que tenéis que hacer es estudiar, la hermandad viene después»*. Ese es el primer requisito de un hermano de la Misericordia. Y añadido con tristeza que conozco, todos los conocemos en nuestra Córdoba, a personas que han dejado atrás lo que podría haber sido una brillante trayectoria profesional, e incluso una atractiva vida familiar, para dedicarse *«a su cofradía»*. Lamento decirlo que ese no es el camino.

En segundo lugar, tenemos que recordar lo que somos. Somos una hermandad, es decir, una institución pública de fieles de la Iglesia Católica, de modo que hemos de comportarnos como miembros de ésta, tanto en nuestra actuación en la cofradía como en el ámbito más amplio de nuestra vida personal, familiar y profesional. Quienes nos conocen saben lo que somos, deben saber al menos lo que somos, por nuestras palabras y por nuestras acciones, y no es de recibo que vean en nosotros comportamientos

contradictorios con lo que proclamamos al vestir la túnica o simplemente al llevar la insignia en la solapa o la medalla al cuello.

Los cultos

Y en tercer lugar como cofrades. Tenemos unas obligaciones como hermanos de la Misericordia, tanto más exigentes por cuanto las hemos elegido libremente, empezando por el cuidado de los cultos que dedicamos a nuestros titulares.

Tenemos que venir a nuestros cultos y participar activamente en ellos –y no sólo en su preparación material– con la presencia externa y la actitud interna que se requiere. No saben lo que se pierden los hermanos que no acuden, por ejemplo, al Quinario al Santísimo Cristo, los que se limitan –si acaso– a estar presentes en la solemnidad de la Fiesta de Regla. Es como si escucharan tan sólo el último movimiento de la Novena Sinfonía de Beethoven, el más rotundo y espectacular, sin duda, pero saltándose los anteriores, que son los que le dan sentido y plenitud. Estoy seguro de que muchos de los que estáis aquí le habéis pedido muchas cosas al Señor, en esos momentos de intimidad ante el altar de cultos iluminado, mientras rezamos el rosario ante el Santísimo Sacramento o asistimos a la Santa Misa, deslumbrados no sólo ante la belleza del montaje, que también, sino ante la hermosura incommensurable del misterio de un Dios que se hace Hombre y se deja crucificar por Misericordia hacia nosotros.

Y lo dicho del Quinario es de aplicación análoga al Triduo a Nuestra Señora de las Lágrimas en su Desamparo en septiembre o los Cultos a los Santos Mártires en noviembre.

La procesión

Tenemos que participar en la Estación de Penitencia, y sólo tenemos derecho a hacerlo formando en las filas de nazarenos con la túnica o bajo las trabajaderas con el costal. No hay excusas ni

motivaciones que nos exoneren de esta obligación salvo una enfermedad o una edad avanzada. Pero que no me diga que no puede aguantar cinco o seis horas en la procesión una persona de cuarenta o cincuenta años que luego se deja ver en una silla de carrera oficial con un vaso en la mano, o corriendo la Media Marathón sin dificultades, o pasando una noche en vela de caseta en caseta cuando llega la Feria de Mayo.

Tenemos que participar en la Estación de Penitencia, insisto, porque es nuestra más personal obligación... pero no lo debemos hacer por obligación, sino por devoción: sólo quien ha pasado bajo el calor del cubrerrostro puede describir la intimidad consigo mismo y con Dios que esta experiencia supone. En las horas que dura la Estación pueden caber, y caben si sabemos aprovecharla, tanto el repaso y el examen de conciencia del año que hemos terminado, del tiempo transcurrido desde la anterior salida procesional, como los propósitos y deseos que ponemos en manos de Dios para el siguiente. Bajo el silencio de la túnica, sólo bajo el silencio de la túnica –llevada como debe ser llevada– o del costal –llevado como debe ser llevado–, nos topamos cara a cara con nuestro más profundo yo, con la identidad más radical de lo que somos.

Cada año, cuando me asomo a la plaza de San Pedro en los primeros momentos de mi Estación de Penitencia personal, me acuerdo de una frase de García Lorca cuando estaba en Cuba; el poeta granadino se hallaba tan a gusto en la isla caribeña que llegó a escribir a su familia: *«Si yo me pierdo que me busquen en Andalucía o en Cuba»*. Pues ojalá nosotros, todos los que me escucháis y yo mismo, pudiéramos decir también: *«¿Si alguna vez me pierdo, que me busquen un Miércoles Santo entre los nazarenos de la Misericordia!»*.

Más y más

Pero un cofrade de la Misericordia no cumple sólo vistiendo la túnica ni pagando la cuota anual. Ser de nuestra hermandad debe llenarnos y exigirnos de tal forma que no debemos dejar pasar los meses sin alguna actividad propia de nuestra condición, esperando una nueva Cuaresma. Y así tenemos que ir jalando nuestro año con la Cruz de Mayo –la fraternidad no está reñida, sino todo lo contrario, con la alegría y la convivencia–, la solemnidad del Corpus Christi, la misa a Santa Marta –¿nos acordamos al menos una vez al año de acudir a saludar a nuestras hermanas jerónimas?–, la venta de Lotería, la asistencia a las convocatorias que se nos hacen y, sobre todo, cuando se nos pide ayuda para las Obras de Misericordia.

Obras de Misericordia

¡Obras de Misericordia! Las estudiamos de niños en el Catecismo, pero me temo que, actualmente –tanto por la generalizada incultura religiosa como por la para mí pintoresca forma que se tiene en los tiempos presentes de hacer las catequesis o de dar las clases de Religión en los colegios– muchas personas, incluso hermanos de nuestra cofradía, las ignoran por completo o casi por completo. Y es bueno, es urgente repararlas; las corporales son visitar a los enfermos, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, dar posada al peregrino, vestir al desnudo, visitar a los presos y enterrar a los muertos, y las espirituales enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesita, corregir al que yerra, perdonar las ofensas, consolar al triste, sufrir con paciencia los defectos ajenos y rogar a Dios por los vivos y difuntos.

Desde hace ya más de una década las aportaciones de la hermandad para los más necesitados llevan el nombre de «Obras de Misericordia» y su programa cumple la casi totalidad de los servi-

cios que acabo de enumerar. Y si miramos los resultados económicos de los últimos años, hemos de sentirnos muy orgullosos y sobre todo de dar gracias a Dios por habernos permitido destinar nada menos que 73.500 euros en los últimos seis años, más dinero que los gastos generados por las salidas procesionales de ese periodo. De ellos, casi 18.000 han ido a parar muy lejos, a Mozambique, donde las Hermanas Carmelitas del Sagrado Corazón realizan un apostolado maravilloso sobre todo con niños y mujeres de su misión. Para también el Seminario San Pelagio, la Cáritas Parroquial y la propia Parroquia de San Pedro, nuestras hermanas jerónimas de Santa Marta, la Obra Social conjunta de las Cofradías, el Hogar del Transeúnte «Madre del Redentor» y otras iniciativas benéficas han contado con el apoyo de los hermanos de la Misericordia, sin contar las ayudas en especie, sobre todo material escolar y juguetes, que cada año se reparten a familias necesitadas de nuestra feligresía.

Pero no es suficiente, como tampoco es nunca suficiente lo que dediquemos al culto de nuestros titulares: precisamente en equilibrar ambas aristas de la misma joya –que es la hermandad– consiste la raíz de lo que debe ser una cofradía, que no es ni un Instituto de Conservación y Mejora del Patrimonio Artístico ni una ONG. En buscar ese equilibrio tenemos un apasionante reto.

Cuatro palabras

Como esta disertación no es un pregón, ni una conferencia, ni un florilegio lírico, quiero resumir en cuatro palabras lo que hasta ahora llevo dicho para que queden grabadas en nuestra memoria y en nuestro corazón.

Quiero deciros, hermanos, que ser de la Misericordia exige de nosotros devoción, vocación, compromiso y caridad.

Devoción para estremecernos en la cercanía, física o espiritual, de nuestros sagrados titulares, y sobre todo devoción para tratarlos con fe y confianza, porque cada uno de ellos nos aporta algo fundamental a nuestra vida: el Santísimo Sacramento nos da el alimento esencial que nos anuncia la vida eterna; los Santos Mártires son el testimonio de que, siendo personas normales y corrientes, como nosotros, con los mismos defectos que nosotros, es posible ser testigo de Cristo hasta las últimas consecuencias; el Santísimo Cristo de la Misericordia nos da la seguridad de que la Redención y la Resurrección no se alcanzan sin la Cruz, y nos enseña a abrazarnos a ella; y Nuestra Señora de las Lágrimas en su Desamparo es la entraña maternal que nos acoge y nos protege. Ella, en sus Lágrimas maravillosas, contiene todo el dolor de una Madre que llora por su Hijo y toda la ternura... de una Madre que ama a su Hijo.

Compromiso para saber sacrificar alguna vez nuestra comodidad o nuestro bienestar, al menos el pequeña parte, para poner un poco de nuestro tiempo, nuestro trabajo o nuestro dinero al servicio de la hermandad, es decir, de alguno de sus fines.

Y caridad para llevar con alegría cristiana y eficiencia el trabajo en la hermandad, y para repartirla, a través de las Obras de Misericordia, entre quienes reciben nuestra colaboración.

Símbolos

Los cofrades somos gente de símbolos. Nos encanta el universo simbólico de una procesión en la calle, y nos gusta reconocer estandartes, simpecados, insignias y atributos, colores y elementos que personalizan a cada cofradía y las costumbres y tradiciones vinculadas a todos ellos. ¿Sabemos el significado de todos ellos? Conocerlo y justificar su existencia es tan importante como tenerlos, conservarlos y saber su ubicación exacta en el cortejo.

Pero dejadme que os diga una cosa, y con ella quiero terminar: de todos los símbolos de nuestra hermandad, y naturalmente después del Santísimo Sacramento, y las reliquias de los Santos Mártires, que no son símbolos sino realidades en sí mismos, cada una en su ámbito, de todos los símbolos, repito, el que más cosas me dice –después también de las sagradas imágenes, por supuesto– el que más me llena, el que más me identifica, es la túnica blanca.

Apenas era un chiquillo
recién llegado a la infancia
cuando mi madre me puso
Aquella túnica blanca.

De la mano de mi padre
–primera Semana Santa–
vinimos mi hermano y yo
vistiendo túnica blanca.

Las lágrimas infantiles
a mi cara se asomaban
a ver muchos nazarenos
también con túnica blanca.

En mi primera salida
–la recuerdo con nostalgia–
salí en la televisión
llevando túnica blanca.

Luego pasaron los años,
empecé a quemar etapas:
y cuando creció mi cuerpo
creció la túnica blanca.

Un hombre llegué a creerme
cuando una Semana Santa

puse un blanco capirote
sobre mi túnica blanca.

En mis recuerdos lejanos
veo siempre en la distancia
que mi madre está planchando
las cinco túnicas blancas.

Vestí durante unos años
mi esclavina almidonada,
y luego fui campanilla
también con túnica blanca.

Fueron pasando más años,
y en una tarde muy clara
enterramos a mi padre
con una túnica blanca;

Con una estampa de Ella
entre sus manos cruzadas,
sepultamos a mi madre
con una túnica blanca.

Sólo te pido, Señor,
que cuando llames mi alma
pida la venia en el cielo
con una túnica blanca.

Muchas gracias.

Se terminó de imprimir este opúsculo, con el texto de la Exaltación de la Misericordia, el 4 de marzo de 2016, viernes de la tercera semana de Cuaresma y día de San Elpidio, siendo Hermano Mayor de la Hermandad de la Misericordia Don José Manuel Maqueda Estepa.

Si la generosidad de quienes adquirieren esta publicación lo permite, los beneficios de su venta se destinarán exclusivamente al Programa «Obras de Misericordia» de la Hermandad que la edita

OSTENDE NOBIS, DOMINE, MISERICORDIAM TVAM

